

EJERCICIOS ESPIRITUALES

A S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

ANTES DE SU CORONACIÓN

PREÁMBULO

Debo empezar por decir a V. M. que no voy a poner a su consideración hondos problemas, que piden gran esfuerzo de inteligencia para desentrañarlos...; ni verdades extrañas, que sólo están al alcance de grandes sabios o profundos talentos... Lejos de eso, las verdades que va a considerar V. M. son verdades corrientes, vulgares, de todos sabidas...; de esas que, de puro sabidas y manoseadas, pueden muy bien colocarse en la categoría de las de aquel famoso Pero Grullo, que a la mano cerrada le llamaba puño, según vulgarmente se dice... Pero es el caso que estas verdades, por sencillas y vulgares que sean, se encadenan entre sí con gran fuerza lógica, y de este encadenamiento nacen principios prácticos de gran trascendencia, que todo hombre tiene obligación de conocer y todo cristiano obligación imprescindible de practicar... De aquí nace que la mayor parte de los hombres conocen estas verdades...; pero por pereza unos, por ligereza otros y por desdén tan soberbio como ridículo no pocos, no paran la atención en ellas, ni comprenden su profundidad, ni estudian su trascendencia, y pasan a su lado como pasaron aquellos célebres estudiantes de Salamanca junto a la sepultura del Licenciado Astudillo...

Supongo que V. M. no sabrá quiénes fueron estos estudiantes, ni quién fue este Licenciado Astudillo, y porque en-

cierra el caso grande enseñanza, voy yo a referírselo... Pues eran aquéllos unos estudiantes de la Universidad de Salamanca, que salieron a *correr la tuna* en tiempo de vacaciones, como era antiguamente costumbre... Sentáronse a descansar en un prado, junto a una fuente que había entre Salamanca y Peñafiel; y enredando de acá para allá, vinieron a descubrir, oculta entre la hierba del prado, una como lápida sepulcral, con una inscripción medio borrada por el tiempo y por las pisadas de los que se acercaban a beber en la fuente... Lavaron por curiosidad la piedra, y entonces pudieron leer este extraño epitafio: *Aquí yace el alma del Licenciado Astudillo*. Rieronse grandemente los estudiantes de la peregrina ocurrencia de suponer enterrada bajo una losa el alma de aquel pobre Licenciado, que había existido, en efecto, en Salamanca, años atrás, con terrible fama de usurero, y entre burlas y chistes y donaires propios de estudiantes, echáronse a dormir la siesta, sin ocuparse más del caso... Pero uno de ellos, que era ya Bachiller y se llamaba Pedro García, comenzó a dudar y a preocuparse y a decir entre sí: «No!... Pues esto no debe ser una tontería... Aquí hay misterio, y yo no me voy de este sitio sin averiguar en qué consiste el alma del Licenciado Astudillo...»

Prosiguieron, al fin, su camino los otros estudiantes, y quedándose detrás Pedro García, comenzó a socavar la tierra

con un cuchillo, alrededor de la lápida... Logró, al fin, con harto trabajo, levantarla, y encontró entonces debajo un gran bolsón de cuero con más de diez mil ducados dentro y un pergamino con estas palabras escritas en latín: «Declárote por heredero mío a ti, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripción; pero te encargo que uses de este dinero mejor que usé yo de él...» Con lo cual excuso decir a V. M. la alegría del estudiante y lo bien que dió por empleado su tiempo, su trabajo y su reflexión...

Pues bien, Señor; como aquellos estudiantes aturdidos son la mayor parte de los hombres... pasan junto a grandes verdades y grandes problemas, como aquéllos junto a la sepultura del Licenciado Astudillo, sin concederle atención ninguna y desperdiciando y perdiendo, por eso, los grandes tesoros que se encuentran debajo, si la reflexión ahonda...

Ante los ojos de estos hombres superficiales pasan las lecciones y los sucesos de la vida como las vistas de un estereóscopo: unas detrás de otras, más despacio o más de prisa; pero sin dejarles huella, ni impresión, ni enseñanza, ni, por lo tanto, experiencia... Porque la experiencia, Señor, que tanto vale y que es el caudal más rico a que puede aspirar un hombre, no consiste tanto en *haber visto mucho* como en *haber reflexionado mucho*... Por eso se encuentran viejos sin experiencia alguna y jóvenes que han hecho en pocos años buen acopio de ella; porque de poco sirve haber visto muchas cosas si no se piensa después y se reflexiona sobre estas mismas cosas; y así sucede con frecuencia a estos hombres superficiales, que tienen ojos que no ven y oídos que no oyen; que de repente y cuando menos lo piensan, por cualquiera de las mil circunstancias de la vida, que traen las desgracias o los dolores o la misma muerte, caen en la cuenta de algunas de esas verdades de Pero Grullo, que sabían desde la infancia y nunca habían ahondado, y se quedan entonces llenos de sorpresa ante su profundidad, y, lo que es peor, llenos de espanto ante sus consecuencias terribles, que suelen a veces ser

eternas... Y su espanto y su sorpresa son entonces tan necios, tan inmotivados y tan ridículos, que recuerdan aquella copla de mi tierra:

Antes de anoche Beatriz,
A poco se vuelve loca,
Al ver que tenía la boca
Debajo de la nariz.

Pues ¿no lo habías visto hasta ahora?... Pues ¿no te dió Dios desde que naciste ojos para ver y oídos para oír y entendimiento para pensar?... ¿Cómo te sorprendes ahora y te lamentas de no haber visto, ni oído, ni pensado, y con esta estúpida razón pretendes disculparte de lo que ya no tiene remedio?...

Pues para evitar todos estos inconvenientes, que si alguna vez hacen reír, hacen las más de ellas llorar, figúrese por un momento que V. M. y yo somos estudiantes de Salamanca; que nos salimos a correr la tuna en tiempo de vacaciones, y que a las primeras de cambio, descansando no cerca de Peñafiel, sino en esta habitación y sentados a esta mesa, descubrimos una lápida como la del Licenciado Astudillo, en que están escritas estas tres verdades de Pero Grullo: *Don Alfonso de Borbón es hombre. Don Alfonso de Borbón es Rey. Don Alfonso de Borbón es pecador o puede llegar a serlo*... La inscripción, por lo clara y evidente, no puede sorprender a nadie, como no sea a la Beatriz del cuento, que se pasmaba

Al ver que tenía la boca
Debajo de la nariz.

Pero vamos a levantar un poquito la losa, como hizo el Bachiller Pedro García, y quizá nos encontremos con algo tan digno de conocerse como *el alma del Licenciado Astudillo*.

Por de pronto nos encontramos con que esas tres grandes verdades de Pero Grullo, tan palmarias y evidentes, se convierten de pronto en estas tres preguntas a que es necesario buscar respuestas...: *Don Alfonso de Borbón es hombre... ¿Y por qué y para qué es hombre?*—*Don Alfonso de Borbón es Rey... ¿Y por qué y para qué es Rey?*—*Don Alfonso de Borbón*

es pecador o puede llegar a serlo... ¿Y cómo podrá dejar de ser pecador, si lo es, o evitar de serlo, si no lo es todavía?

Como comprenderá V. M., la cosa merece ya el trabajo de ahondarse un poquito, y eso es lo que vamos a hacer en nuestras conferencias sucesivas...

MEDITACIÓN PRIMERA

DEL FIN DEL HOMBRE

Decíamos ayer que en aquella lápida que encontrábamos V. M. y yo en esta sala, parecida a la del Licenciado Astudillo, decía la primera inscripción: *Don Alfonso de Borbón es hombre...* Y ahondando un poco, como el Bachiller Pedro García, encontrábamos también que esta afirmación indudable y positiva podía convertirse en esta pregunta: *¿Y por qué y para qué don Alfonso de Borbón es hombre?*... Es decir, hablando en términos generales: ¿Cuál es el fin del hombre, y, por lo tanto, el de don Alfonso de Borbón, puesto que hombre es él también?... Esto es lo que vamos a examinar ahora poco a poco, deduciendo unas verdades de otras, y encadenándolas entre sí lógicamente.

PUNTO 1.º—Hace dieciséis años que V. M. no existía... Ésta es otra verdad de Pero Grullo, o si quiere V. M., de monsieur de la Palisse, como dicen los franceses... Hace dieciséis años que don Alfonso de Borbón no existía... Estaba en lo que llaman los teólogos la esfera de los *posibles*; es decir, de las cosas que pueden ser y no... Fue necesario, por lo tanto, para que don Alfonso de Borbón existiese, que una voluntad superior quisiera sacarle de la nada y darle ser y darle vida... Y no bastaba para esto una voluntad cualquiera, sino que era necesaria una voluntad superior, capaz de formar a V. M. de la nada; que esto es lo que se llama *crear*... Ahora bien: esta voluntad creadora que sabe y quiere crear seres de la nada, es única y exclusivamente la voluntad omnipotente de Dios... Porque los hombres no crean; transforman, combinan diversos elementos ya existentes, y de ellos hacen un

ser nuevo en la forma; pero crear un ser, formarlo de la nada, es imposible a los hombres... De un pedazo de madera o de mármol; de la combinación del barro y del agua, o del bronce y el fuego, forma el escultor una bellísima estatua... Pero crearla, formarla de la nada, sin piedra, ni madera, ni barro, ni bronce, sólo podría lograrlo el poder creador de Dios...

Así, pues, resulta de todo esto que hace dieciséis años quiso la voluntad creadora de Dios que hubiese en el mundo un hombre que se llamase Alfonso de Borbón, y para ello formó un cuerpo, y creó de la nada un alma, y unió a ésta con aquél, y envió al mundo este conjunto que había de llamarse Alfonso de Borbón; lo mismo que envía a todos los demás hombres... De donde resulta otra consecuencia no menos lógica, y es que V. M., por el mero hecho de ser hombre y haber sido creado de la nada por Dios, pertenece a Dios en cuerpo y alma, y depende de Él; por la misma razón y el mismo derecho indiscutible que pertenece al artífice y depende de él todo aquello que es su obra... El pintor es dueño absoluto de todos los cuadros que pinta, y el escultor, de todas las estatuas que hace; y el escritor, de todos los libros que escribe; porque cuadros, estatuas y libros son producto exclusivo de la inteligencia, del trabajo y del poder de su autor... Por la misma razón Dios es dueño absoluto de todos los hombres que existen y han existido, llámense Pedro García, o Licenciado Astudillo, o Alfonso de Borbón; porque a todos ellos les ha dado el ser y les ha creado de la nada con su poder infinito... Y es de notar que este dominio de Dios es absoluto, independiente y superior a todo otro dominio... De tal manera, que hasta el dominio paterno, con ser tan santo y tan legítimo, está subordinado a esta otra potestad de Dios..., porque no hay potestad alguna en la tierra de hombre sobre hombre que sea directa, sino que todas ellas dimanar y son delegaciones de esta otra suprema potestad de Dios... Por ejemplo: V. M. está sujeto, al presente, a la potestad de su ayo y profesores, y mientras dure esta tutela les debe obediencia... Pero V. M. sabe muy bien que esta potestad

no la tienen ellos directamente, ni por derecho propio, sino porque S. M. la Reina, vuestra augusta madre, en quien reside legítimamente esta potestad, la ha delegado en ellos para bien y provecho de V. M... De tal manera (y V. M. lo sabe también perfectamente), que si por acaso mandasen los profesores a V. M. una cosa, y S. M. la Reina le mandase lo contrario, V. M. estaría obligado a obedecer a ésta y no a aquéllos, porque la potestad de la madre es la relativamente directa, y la de los profesores es meramente delegada... Pues en la misma proporción están la potestad paterna y la potestad de Dios... La primera, la paterna, es delegada por Dios en los padres, para bien y provecho de los hijos... La segunda, la de Dios, es directa y absoluta, tan absoluta y tan directa (y ésta es la gran prueba de su eficacia), que de la misma manera que Dios crea al hombre y le da la vida cuando le place, de la misma manera le quita esta misma vida cuando le parece oportuno, sin que ningún poder humano pueda oponerse ni resistirle... Podrá un hombre matar a otro hombre contra la voluntad de Dios, cometiendo un crimen... Pero cuando Dios determina cortar la vida de un hombre, ¿hay alguien en el mundo que se sienta capaz de prolongársela un solo segundo?... Luego Dios tiene de hecho y de derecho la potestad suprema y absoluta sobre el hombre, porque es el único que le da el ser, creándole de la nada cuando quiere, y es el único que le priva de la vida, enviándole la muerte cuando le place...

PUNTO 2.º—Una vez sentado que Dios es dueño absoluto del hombre, porque le ha dado el ser creándole de la nada, fluye, naturalmente, esta nueva cuestión... ¿Y para qué le creó?... Claro está que para algún fin le crearía, porque Dios no se va a entretener en crear hombres por capricho y por diversión, como los chiquillos tiran piedras al aire allá por los barrios bajos... Ni tampoco habrá ido a crearlos sin un objeto determinado, como aquel sacristán de mi tierra que de una gran estaca quiso hacer un santo.

—Pero, ¿qué santo va a ser?—le preguntaban.

—Pues el que salga—respondía—. Si sale muy grande, será San Cristóbal; si sale mediano, será San Antonio, y si sale chiquito, será el Niño Dios.

Y después de mucho trabajar, ni salió San Cristóbal, ni salió San Antonio, ni salió Niño Dios... Le salió una mano de mortero...

¡No!... Dios hace las cosas con fin, peso y medida, y nadie puede pensar, sin ofenderle, que haya creado al hombre por entretenimiento, ni tampoco al *buen tontún*, como suele decirse, y sin cuidarse de que le salgan santos o manos de mortero... No; Dios, que es la sabiduría infinita, tiene que haber señalado al hombre un fin propio, como se lo ha señalado a las demás criaturas... Al sol, alumbrar; a la tierra, producir; al fuego, calentar; y así a todas las otras cosas... Pues este fin propio para que Dios ha creado al hombre, existe, en efecto; y no solamente existe, sino que es el más grande y el más noble que puede existir en la tierra, y así lo ha dicho el mismo Dios en su Sagrada Escritura... *Para mi gloria te crié... Para que me ames y me sirvas, y mediante esto salves tu alma.*

Tenemos, por tanto, que así como el hombre es la más noble de las criaturas de Dios, así también el fin propio del hombre en la tierra es el más noble entre los fines de las demás criaturas de Dios... ¡Amarle y servirle! O, lo que es lo mismo, amarle solamente, puesto que el que ama, sirve...; o, lo que es lo mismo, servirle solamente, puesto que el que sirve, ama... Porque no se trata aquí de servir a Dios como serviría un esclavo a un amo cruel, que le tiraniza y le maltrata, y le explota, y luego le deja por toda recompensa morir en un rincón cuando ya no le sirve...; sino que se trata de servir a Dios, como serviría un hijo modelo a un padre carísimísimo, rodeándole de toda clase de atenciones y respetos, y obedeciendo y acatando sobre todo (y esto es lo más esencial), no sólo sus mandatos, sino hasta las menores indicaciones de su voluntad... Y digo que esto es lo más esencial, porque el verdadero amor ha de ser *práctico*, que por eso se dijo: *obras son amores, y no buenas razones...*

V. M. comprenderá esto; mejor que nadie, con un ejemplo... Estoy cierto de que V. M. quiere a su madre muchísimo... Digo más: Estoy seguro de que V. M. quiere a su madre más que a ninguna otra persona en el mundo... Y todavía me atrevo a asegurar algo más, y es que, con querer V. M. tanto a su madre, todavía no la quiere todo lo que ella merece... Y digo esto último porque V. M. no está todavía en circunstancias de apreciar todos los trabajos, todos los sacrificios, todas las luchas y todas las lágrimas que V. M. ha costado a su madre... Esto sólo lo sabemos los que lo hemos visto de cerca... Pero día vendrá en que V. M. podrá también saberlo, comprenderlo y apreciarlo, y estoy seguro de que en este día amará a su madre con mayor ahínco, porque el amor natural que ahora la profesa se unirá entonces la gratitud inmensa que le debe... Entonces ya no será amor el que la profesa: será culto...

Pues bien, y ateniéndonos sólo al presente..., ¿cómo ama V. M. a su madre?... Pues de dos maneras distintas... Una, prodigándole todas esas pruebas externas y propias de un hijo cariñoso... Abrazándola, besándola y rodeándola de cariños y halagos... Otra, que es la más sustancial y la más práctica..., complaciéndola en todos sus deseos, y ejecutando todos sus mandatos al pie de la letra... Y digo que ésta es la más sustancial y la más práctica, porque dígame si no... ¿Cuándo queda S. M. la Reina más complacida de V. M.? ¿Cuando V. M. le da un abrazo o un beso o cuando los profesores la dicen que V. M. ha estudiado con provecho todo el día y seguido con exactitud su distribución?... Indudablemente, que cuando la digan esto último... Pero yo tengo para mí, y juraría estar en lo cierto, que S. M. la Reina sólo queda satisfecha del todo cuando los profesores le aseguran esto último y V. M. se lo afirma y se lo ofrece con lo primero; es decir, con un beso y con un abrazo.

Pues de la misma manera que ama V. M. a su madre debe el hombre amar a Dios... Los cariños y halagos que vuestra majestad la prodiga a ella, deben convertirse, con respecto a Dios, en las

oraciones y prácticas devotas propias del cristiano, que en un hombre, y sobre todo en un Rey, no deben ser fíasas ni afe-minadas, sino varoniles, cortas, constantes y salidas del corazón... Más vale un *¡Ampárame, Dios mío!*, salido del alma, que cien Padrenuestros rezados distraído y medio durmiendo... Y la obediencia a los mandatos y deseos de S. M. la Reina, que V. M. guarda o debe guardar por amor de ella, han de convertirse, con respecto a Dios, en obediencia a los Mandamientos de su ley, que es donde está contenida y expresada su voluntad, y que V. M. sabe muy bien porque los aprendió desde chiquito en el Catecismo...

De donde tenemos: que si el fin del hombre es amar y servir a Dios, y amar y servir a Dios consiste sencillamente en guardar los Mandamientos de su ley, resultará, con toda evidencia, que el fin directo del hombre en la tierra será guardar fielmente los Mandamientos de la ley de Dios, que le creó de la nada, para por este medio salvar su alma... Así es como únicamente puede cumplirse lo que dijo el Señor: *Para mi gloria te crié...*

PUNTO 3.º—Y aquí nos encontramos con otra tercera cuestión... Sabemos ya que el fin del hombre en la tierra es amar y servir a Dios, guardando fielmente sus Mandamientos, para salvar por este medio su alma... Es decir: que si el hombre cumple su fin guardando fielmente los Mandamientos de la ley de Dios, salvará su alma... Pero, ¿y si no los cumple ni los guarda?... ¿Qué sucederá?... Pues sucederá que en vez de salvar su alma, la perderá... ¿Y V. M. sabe lo que es perder el alma?... Pues perder el alma es perder a Dios y caer en la más horrible desgracia por toda la eternidad... ¿Y V. M. sabe lo que es la eternidad?... Ni V. M. lo sabe, ni yo tampoco: ni nadie puede sondear del todo esta idea tremenda... Puede, sin embargo, colegirse algo de ella por algunos ejemplos o comparaciones... ¿Se acuerda V. M. de la playa de San Sebastián?... ¿Se acuerda de aquel semicírculo de arena que queda descubierta en la Concha cuando baja la marea?... ¿Podrían contarse los granitos de arena que hay en aquella playa?...

Imposible... Pues bien: suponga V. M. que una pobre hormiguita coge en aquella playa un granito de arena, y andando, andando a su paso, lo trae a Madrid y lo deposita en el Retiro... Y vuelve otra vez a la playa, y coge otro granito y lo trae a Madrid... Y vuelve otra vez, y viene otra vez... ¿Cuántos años necesitaría aquella pobre hormiguita para trasladar ella sola toda la playa de San Sebastián al Retiro de Madrid?... No digo centenares de años, pero millares de millares de siglos no bastarían... ¿Serían tantos, tantos, que cuando la hormiguita terminase su tarea hubiese acabado también la eternidad?... No; cuando la hormiga hubiese acabado su tarea, no podría decirse ni aun siquiera que había empezado la eternidad; porque la eternidad no acaba nunca; y ese inmenso transcurso de tiempo no quita de ella ni un solo segundo... Pues figúrese más todavía: figúrese que cuando la hormiguita empieza su viaje de San Sebastián a Madrid, empieza V. M. a sufrir un dolor de cabeza o de muelas... Figúrese que al mismo tiempo le quitan a V. M. su madre, que es lo que más ama, y con este dolor en el cuerpo y esta angustia en el alma, empieza V. M. a contemplar, solo y sin amparo, los viajes de la hormiguita, esperando que cuando acabe su tarea volverá V. M. a ver a su madre y dejará de sufrir... Y cuando acaba la tarea le dicen que tiene que trasladar también la playa de Zarauz, y luego la de Guetaria, y luego la de Zumaya, y después el mundo entero a otro hemisferio... Y ni aun entonces ha hecho más que empezar a sufrir... ¿Se puede dar desesperación más grande?... ¿Se puede dar horror más profundo?... Pues V. M., que es matemático, eleve todo esto a la potencia infinita, y el horror infinito que resulte, eso..., eso es perder el alma...

Y con esto hemos ahondado ya bastante por hoy en la sepultura del Licenciado Astudillo, y nos basta por ahora haber encontrado debajo, estas verdades fundamentales, que es necesario tener siempre ante los ojos... A saber: «El fin del hombre en la tierra, y, por lo tanto, el de don Alfonso de Borbón, puesto que es hombre, es servir y amar a Dios, guar-

dando sus Mandamientos, y, mediante esto, salvar su alma...» El hombre y don Alfonso de Borbón, por lo tanto, está obligado a cumplir este fin por dos razones: una de justicia y otra de conveniencia... La de justicia: que por el mero hecho de haber creado Dios al hombre de la nada, éste le pertenece de derecho en cuerpo y alma y depende de Él de la manera más absoluta, como obra suya... La de conveniencia: que entre salvar el alma guardando la ley de Dios, y perderla despreciando sus Mandamientos, no hay término medio... Y si el hombre no salva su alma, la pierde; y perderla ya sabemos en qué consiste...

MEDITACIÓN SEGUNDA

DEL FIN DE LAS COSAS

Después de haber considerado hoy por la mañana el fin con que Dios creó al hombre, parece lógico considerar también cuál sea el fin con que creó todas las demás cosas que existen en el mundo; pues todas ellas deben el ser a su misma omnipotente mano, y tienen que haber sido creadas, por lo tanto, con algún objeto...

PUNTO 1.º—El hombre, en efecto, no está solo en el mundo; sino que está rodeado por todas partes de seres animados e inanimados, y está dotado él mismo de facultades intelectuales, que tienen que tener precisamente algún destino... Pues bien, señor: la fe, la razón y la experiencia nos demuestran que así como Dios creó al hombre para sí, para que *le sirva y le ame guardando sus Mandamientos, y mediante esto salve su alma*, de la misma manera creó las demás cosas para el hombre; para que le ayuden y sirvan en la consecución de este fin que Dios le ha impuesto... Así dice San Ignacio en su Directorio: *Las otras cosas todas que existen sobre la haz de la tierra han sido creadas para el hombre por Dios, con el objeto de que le ayuden para conseguir su fin...* Es decir, que Dios ha señalado al hombre un fin en la tierra; pero al mismo tiempo, con bondad paternal y previsión amorosísima, le ha rodeado y

ha puesto a su alcance, no sólo todo aquello que puede serle absolutamente necesario para conseguir su fin, sino también todo aquello que puede serle agradable, y endulzarle los trabajos que el logro de este fin le costará indudablemente... Así es que no sólo ha creado para él un sol que le ilumine y caliente, y unos alimentos que le nutran, que son cosas absolutamente necesarias, sino que ha creado también para él flores y pájaros, y otras mil cosas que no le son necesarias, pero que le son agradables y le embellecen la vida... Así es que no le ha dotado sólo de las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad, que le son necesarias para comprender y conseguir su fin; sino que le ha dotado también de la facultad de amar, que le lleva y le atrae hacia Dios, y le endulza las relaciones del hombre con el hombre, que le ayudan a conseguir su fin propio y a facilitar que los demás consigan el suyo...

De donde resulta que Dios ha obrado con respecto al hombre, al crearle y ponerle en este mundo para que cumpla el fin que le señaló, como obraría un padre amoroso y prudente con un hijo muy amado, a quien enviase a estudiar a una Universidad, lejos de él... Imagínese V. M. un señor de provincia que envía a su hijo a Madrid para que curse la carrera de Derecho y se doctoré en la Universidad... Claro está que si este padre es prudente no enviará su hijo a Madrid solo y desamparado, sino que le procurará todos los medios necesarios para cumplir el fin de estudiar una carrera, qué es el que le ha señalado; y así, pues, le proporcionará casa en que vivir y mesa en que comer y libros en que estudiar, porque todo esto le es absolutamente necesario para lograr su carrera... Pero si este padre es amoroso al mismo tiempo que prudente, como suelen serlo todos ellos, no se contentará con proporcionar a su hijo lo estrictamente necesario para estudiar, sino que le proporcionará también todo lo que pueda serle agradable y sirva para hacerle llevaderas las penalidades del estudio... Así es que le proporcionará también dinero para que se divierta honestamente, ami-

gos que le distraigan en los ratos de descanso y todo aquello que le sirva al mismo tiempo de solaz y provecho... Pues de esta misma manera obra Dios con el hombre... Le envía a este mundo para que cumpla, en el lugar que le señala, su fin de *amarle, servirle y ganar así la vida eterna*, y le rodea al mismo tiempo de todo lo que puede serle necesario para conseguir este fin, y serle agradable para dulcificar los trabajos de su peregrinación en la tierra... Pero es de notar que al crear Dios todas estas cosas para el hombre y ponerlas a su servicio, lo ha hecho sólo para que USE de ellas en TANTO EN CUANTO le ayuden para conseguir su fin; pero de ninguna manera que ABUSE de ellas usándolas por ellas mismas y porque de su uso saca placer... Porque en esto puede haber el *uso*, que es justo y santo; y puede haber, y lo hay con lamentable frecuencia, el *abuso*, que es, al mismo tiempo que un pecado, una ingratitud... El *uso* es el servirse de las cosas y el tomarlas o dejarlas, según nos llevan o nos apartan de nuestro último fin... El *abuso* es el servirse de ellas por ellas mismas, y el tomarlas o rechazarlas, según que nos agraden o mortifiquen, prescindiendo de si llevan o no llevan a nuestro último fin.

Así, por ejemplo, si aquel hijo que mandó su padre a estudiar a Madrid aprovecha su vivienda y su comida, y estudia las horas necesarias en los libros, y asiste a las clases con puntualidad, y en las horas de descanso va a paseo, y a sociedad, y a los toros, y al teatro para descansar y despejar la cabeza; este hijo *usa* de las cosas según la voluntad de su padre, y este uso le llevará, seguramente, al fin que le señaló de tener una carrera... Pero si, por el contrario, come y bebe y duerme a costa de su padre, sólo porque esto le es indispensable y grato, y tira los libros porque le aburren, y no asiste a las clases porque le fastidian, y en cambio no falta una noche al teatro, ni un día a los toros, ni un momento al casino, no para descansar del trabajo, porque nada trabaja, sino sencillamente porque esto le divierte y le llena la vida, entonces este hijo no *usa* de las cosas según la voluntad de su padre, para

alcanzar el fin que le señaló, sino que *abusa* de ellas para satisfacer sus gustos y caprichos, y sin acordarse para nada de lograr aquel fin que le impuso su padre, y que seguramente no alcanzará jamás...

PUNTO 2.º—De todo esto se deduce que si el hombre sólo ha de usar de las cosas en tanto en cuanto le llevan a su último fin, debe tener con respecto a ellas una completa indiferencia; de tal manera que esté siempre dispuesto a aceptarlas o rechazarlas, según que le ayuden o le impidan más o menos directamente llegar a su fin... ¿Me ayuda esto y me gusta? Pues lo tomo... ¿Me ayuda esto y me repugna? Pues lo tomo también; porque mi deber es tomarlo, ya me agrade, ya me repugne, si puede ayudarme para conseguir mi fin... ¿Me impide esto y me agrada? Pues lo rechazo... ¿Me impide esto y me repugna? Pues lo rechazo también; porque mi deber es rechazar todo lo que me impida, más o menos indirectamente, llegar a mi último fin... Éste ha de ser el único criterio del hombre sensato, para escoger en la vida, que como V. M. habrá ya observado, es diametralmente opuesto a este otro que suelen tener los hombres en el mundo... ¿Me desagrada, me aburre? Pues lo rechazo... ¿Me gusta, me divierte? Pues lo tomo aunque me haga mal... Lo mismo decía el patricio Nomentano, gastrónomo famoso de Roma, a las lampreas del Tíber, que le gustaban sobremanera y le hacían mucho daño: *Os perdono el daño que me hacéis, por el gusto que me dais*. Y se atracaba de lampreas, y tenía luego cólicos horribles, hasta que en uno de éstos se lo llevó el demonio, como era natural... Esto es completamente irracional; y, sin embargo, la fórmula abreviada del criterio de los hombres en los actos de la vida suele ser ésta: ¡Qué gusto!, venga... ¡Qué fastidio!, vaya...

En cambio, aquel otro criterio de Dios, que a primera vista parece tan severo y aun duro, es, sin embargo, el único lógico y prudente... Porque ningún hombre sensato escoge, para llevar a cabo una empresa, otros instrumentos que los que son aptos para ella... Si un Rey se propone mañana conquistar una ciudad,

llevará soldados y caballos y cañones; pero no se le ocurrirá llevar violines y bailarinas y la Compañía del Real... Y si se le ocurre, será sólo para dar a los soldados, en los momentos de tregua, un rato de descanso y de recreo, que le ayude indirectamente a conservar los brios necesarios para conquistar la ciudad... Pero cuando llegue el momento de la batalla, desechará como medios inútiles y perjudiciales los violines y las piroetas y los gorgoritos, por mucho que le agraden, y aceptará tan sólo, por mucho que le repugnen, los soldados y los cañones, como únicos medios aptos para vencer... El leñador que va al bosque a cortar leña, llevará un hacha; pero no llevará un abanico... Y si lo lleva, será para echarse fresco en los momentos de descanso y volver así más descansado y con más fuerzas a continuar su trabajo... Pero cuando llegue el momento de atacar el tronco, tomará el hacha, que es dura y pesada, pero útil; y dejará el abanico, que es ligero y agradable, pero completamente inútil para el objeto que se propone...

PUNTO 3.º—Debo advertir aquí a vuestra majestad que esta obligación que tiene el hombre de escoger las cosas, sólo en tanto en cuanto le ayudan a conseguir su fin, se refiere, naturalmente, a aquellas cosas en que, por decirlo así, cabe la libre elección; pero de ninguna manera aquellas que desde luego prohíbe Dios o manda que se hagan... Dios prohíbe, por ejemplo, robar; así es que nunca, ni por ningún concepto, podrá V. M. elegir el quedarse, contra la voluntad de su dueño, con cosa alguna de nadie, por mucho que le guste esta cosa o la necesite... Dios manda honrar padre y madre; así es que nunca, ni por ningún concepto, podrá V. M. elegir nada que moleste u ofenda a su madre, por mucho que le insten y aun quieran forzarle a ello... Estas cosas de libre elección en que el hombre puede escoger y debe escoger las que mejor le lleven y ayuden a su último fin pueden reducirse, a la edad y en las circunstancias de V. M., a tres puntos concretos: «El trabajo». «Las diversiones». «Los afectos del corazón»...

Del trabajo ya hablaremos mañana;

porque un Rey no deja, por ser Rey, de estar sujeto a la ley del trabajo que impuso Dios al hombre... Podrá variar la forma de su trabajo; pero siempre será trabajo, lo mismo que el de los demás... De las diversiones también hablaremos mañana, y hoy sólo adelantaré a V. M. la idea de que las diversiones honestas no sólo son lícitas, sino que son siempre convenientes y muy a menudo necesarias... Hay, sin embargo, que usarlas siempre con peso, medida y razón, porque en esto, más que en ninguna otra cosa, se deslizan los pies, y se llega con la mayor facilidad a lo del patricio Nomentano de las lampreas... La mayor parte de los jóvenes, y una no escasa de los viejos, no tienen ni reconocen otro fin en la vida que el de gozar... Y, sin embargo, el goce y la diversión sólo deben ser en la vida lo que la sal en la comida: un ingrediente auxiliar que la sazona y hace agradable... Y así como echada la sal inconsideradamente y con demasiada hace la comida desagradable al paladar y nociva al estómago, así también la demasiada o continua diversión saca la vida de juicio, y aleja al hombre por completo de su último fin...

En cuanto a los afectos del corazón, sin perjuicio de que volvamos a hablar de ellos mañana, hablaremos también hoy... Porque aquí está precisamente una de las cosas más importantes y más extrañas que ha de encontrar V. M. bajo la lápida del Licenciado Astudillo... Dije a V. M. que Dios ha dotado al hombre de la facultad de amar; para atraerle más fácilmente hacia Él, que es a quien debemos amar sobre todas las cosas, y para endulzar las relaciones que precisamente ha de tener el hombre con el hombre mientras le dure la vida... Pero no todos los amores son lícitos; los hay también ilícitos, y entre los mismos lícitos los hay tan obligatorios y necesarios como que algunos de ellos los impone Dios en sus propios Mandamientos...

Tales son los que debemos a nuestros padres, hermanos, personas que nos favorecen y a todos los hombres en general, en su calidad de prójimos... Pero los hay también que no son obligatorios, ni los impone Dios; sino que quedan, por decir-

lo así, a la *libre elección* del hombre, como, por ejemplo, los amigos... Nada más hermoso y agradable que la amistad; mas nada más peligroso para cualquier hombre, y especialmente para un Rey, si al escoger sus amigos se deja llevar de aquel imprudente criterio del patricio Nomentano de las lampreas... ¿Me divierte? Pues será mi amigo, aunque me haga daño... ¿Me fastidia? Pues le alejaré de mí, aunque pueda hacerme provecho... ¿No, señor, no!... Esto no es prudente, ni es cristiano, ni puede entrar en la mente de Dios... Aquí, más que en ninguna otra parte, hay que aplicar aquel otro sano criterio: ¿Me ayuda este hombre a conseguir mi último fin, con su ejemplo, con su prudencia, con su lealtad, con sus consejos?... ¿Sí? Pues será mi amigo, aunque sea feo y antipático... ¿Me aparta este hombre de mi último fin, por cualquiera circunstancia que sea?... ¿Sí? Pues le alejaré de mí, aunque me sea agradable y simpático por sus prendas exteriores... Y cuenta, señor, que hablo de la amistad y el trato de hombres con hombres; que si se trata de estas mismas relaciones entre hombres y mujeres, el peligro crece entonces hasta un punto, que es necesario ponerlo ante los ojos de V. M. en toda su desnudez, para que sepa precaverlo antes de empezar a correrlo... Este peligro nace de la misión especial que corresponde a la mujer en la vida, y del incentivo que ha puesto la Naturaleza entre uno y otro sexo para que esta misión se facilite y se cumpla... Explicaré esto a V. M. en muy pocas palabras...

MEDITACIÓN TERCERA

DEL FIN DE UN REY

La segunda inscripción que encontró V. M. en aquella lápida sepulcral del Licenciado Astudillo, que para nuestro uso particular describimos sobre esta mesa, decía: *Don Alfonso de Borbón es Rey*. Y añadíamos nosotros: *¿Y por qué y para qué es Rey?*

PUNTO 1.º—La respuesta a lo primero es bien sencilla... Don Alfonso de Borbón

es Rey porque Dios ha querido que lo sea, haciéndole nacer de don Alfonso XII, en vez de hacerle nacer de don Juan Fernández o de don Pedro Rodríguez... Es decir: que V. M. es Rey porque Dios ha querido y lo quiere así... Los reyes que han tomado alguna vez parte en la adquisición de su corona podrán, quizá, tener algunas dudas de si realmente se la dió Dios o se la tomaron ellos... Pero V. M. se encontró Rey desde el momento de nacer, sin arte ni parte suya, y con mayor razón que ningún otro Rey del mundo podría repetir aquella antigua fórmula de los reyes lombardos, al coronarse con la corona tradicional de hierro, que se conserva en Monza: *Dios me la dió... ¡Ay de quien la toque!*... Yo, sin embargo, no me metería en decir: *¡Ay de quien la toque!*, pues los tiempos de las bravatas están ya muy lejos... Sólo diría, sencilla y confiadamente: «Dios me la dió... Él cuidará de conservármela».

Tenemos, pues, que don Alfonso de Borbón es Rey, única y exclusivamente, porque Dios ha querido que lo sea, haciéndole nacer de su padre Alfonso XII... Si con esto le ha hecho Dios un beneficio muy grande, o le ha puesto sobre los hombros una carga muy pesada, yo no sabría decirlo... Ordinariamente los reyes (y ellos son los testigos más fidedignos), al recibir la corona, se alegran de ser reyes, y al dejarla, a la hora de la muerte, se lamentan de haberlo sido... Son curiosas las palabras que dijo don Juan II, poco antes de morir, al bachiller Ciudad-Real, que estaba a su lado: *¡Bachiller!... Naciera yo fijo de un mecánico, é hoberá sido fraile del Abrojo, é non Rey de Castilla...* Y el Rey Felipe III dijo también, en las mismas circunstancias, a su hijo Felipe IV: *No me sirve para otra cosa el haber sido Rey sino para tener que arrepentirme en esta hora de haberlo sido...* De todos modos, sea beneficio, sea carga, sea ambas cosas a un tiempo, como yo creo firmemente, es indispensable y cierto que V. M. ha recibido este altísimo cargo por la voluntad de Dios, y debe guardarle, por ello, el profundo agradecimiento que tiene un militar valiente al general que le reserva en la batalla uno de los puestos de mayor confianza y de

mayor peligro... Porque esto ha sido siempre ser Rey, y hoy más que nunca... Una misión peligrosísima y de responsabilidad inmensa que Dios confía a un hombre...

Ahora bien... ¿Cuál es esta misión y para qué ha hecho Dios a V. M. Rey?... Pues, indudablemente, que para alguna cosa habrá sido; pues como ya he dicho a V. M. varias veces, Dios no hace nada sin proponerse un fin u objeto... ¿Tendrá entonces un Rey en la Tierra distinto fin que los demás hombres? No, señor; un Rey, por el mero hecho de ser Rey, no deja de ser hombre, y tiene, por tanto, en la tierra, el mismo fin de los demás hombres: *Amar y servir a Dios, guardando sus Mandamientos, y mediante esto salvar su alma...* Pero sin dejar de ser hombre, y teniendo el mismo fin que los demás mortales, tiene, además, un Rey, por el mero hecho de ser Rey, otro fin particular, que es el de ser *padre de sus súbditos*... Esto lo comprenderá muy bien V. M., considerando el verdadero origen de la autoridad real y de la responsabilidad que a ella acompaña... Pues V. M. ha de tener siempre muy en cuenta que *autoridad y responsabilidad* son dos cosas correlativas: el que manda es, precisa y naturalmente, responsable de los actos que por su voluntad se ejecutan... Figúrese, pues, V. M. la primera familia que viene a un país despoblado y lo ocupa... Claro está que en ella quien manda es el padre, porque así lo dictan la razón y la conveniencia, y el derecho natural y el divino... Pero poco a poco se va aumentando la familia, hasta formar otras nuevas familias, que, agrupadas entre sí, constituyen lo que se llama una tribu; y como ya entonces hay muchos padres, mandará en todos, y asumirá la autoridad de todos, el padre más anciano, lo cual es justo, natural y conveniente... Pero siguen acumulándose las tribus, y se agrupan entre sí, formando lo que se llama una nación, y entonces, en la imposibilidad de que mande el padre más anciano, porque habrá ya muchos ancianos, mandará el padre descendiente de aquel otro padre primitivo, o aquel otro que todos los padres juntos convengan y en el cual depositen todos su autoridad

propia y respectiva sobre cada familia, constituyéndole así en padre de todos; lo cual, sobre ser justo y razonable, es, al mismo tiempo, prudente y necesario... Pues baje ahora V. M. de aquel primitivo padre de familia al otro padre de familia más anciano, jefe de la tribu, en que delegaron los demás padres su autoridad paterna, y de éste al Rey que manda a todas las tribus constituidas ya en nación, y verá que todos los deberes y derechos de aquel primero han venido a parar de delegación en delegación a este último, y que, por lo tanto, el fin del Rey, como Rey, es decir, como *padre de sus súbditos*, será el mismo del padre de familia con respecto a sus hijos... Y ¿cuál es el fin de este padre de familia?... El padre de familia, como hombre, tendrá, indudablemente, el mismo fin que todos los demás hombres: *Amar y servir a Dios, guardando sus Mandamientos, y mediante esto salvar su alma...* Pero como padre de familia y responsable de sus hijos, tendrá, además, otro fin propio, que es: enseñar a sus hijos el fin para que fueron creados y proporcionarles todos los medios necesarios para alcanzarlo; lo cual sabe V. M. perfectamente, desde que era chiquito, por el Catecismo... Después de esto, *que es lo principal, que es lo fundamental, porque de ello depende la salvación o perdición irrevocable del alma*, ya puede el padre proporcionar a sus hijos todas las carreras, todos los estudios y todos los honores y riquezas que quiera y pueda legítimamente, con tal que no le aparten de su último fin... Pues de la misma manera y por las mismas razones el fin del Rey, como Rey, es decir, como *padre de sus súbditos*, será el mismo fin del padre de familia, como padre de sus hijos: procurar a éstos el conocimiento de su último fin y proporcionarles los medios de alcanzarlo... Después de esto, *que es lo principal, que es lo fundamental, porque de ello depende la salvación o perdición irrevocable del alma*, ya puede el Rey proporcionar a sus súbditos, como el padre a sus hijos, todos los progresos y todos los adelantos, y todas las libertades legítimas, y todo cuanto se refiera a su progreso material y moral, pues nada de esto se opone, ni a ese conocimiento

de su último fin, que es la salvación del alma, ni a esos medios que llevan a éste, que no son otra cosa sino la guarda de los Mandamientos... Lejos de eso, figúrese V. M. un pueblo en que todos los vecinos cumplen fielmente con los Mandamientos de la ley de Dios... ¿Qué paz reinará entre ellos!... ¿Qué progresos tan sólidos los que descansan sobre esta base de honradez universal!... ¿Qué fácil será a un Rey gobernar a estos súbditos!... ¿Qué difícil a los revolucionarios y hombres de mala intención volverlos contra su Rey y utilizar sus pasiones como instrumento!... Claro está que esto no es más que un ideal; aunque este ideal lo realizaron ya por muchos años las famosas Reducciones del Paraguay... Pero aun suponiendo que esto no fuese realizable hoy, dado el estado de las sociedades modernas, todo lo que sea acercarse a este ideal, favoreciendo estas enseñanzas y estas prácticas, será acercarse a la perfección de un Estado en que no se necesita más Código que el Decálogo, ni más comentarios legales que el Catecismo... Por eso este librito, tan vulgar y tan pequeño, es, sin embargo, la piedra fundamental en que toda sociedad cristiana descansa, y el día en que se la ataca o remueve, la sociedad se remueve también y se derrumba por falta de cimientos... Por eso dijo hace años un Prelado en el Senado que el remedio contra los males y disturbios de España, era sencillamente: *Pan y Catecismo*; es decir, trabajo al pobre para que pueda ganar su sustento, y enseñanza al pobre y al rico del fin que Dios les ha señalado en la Tierra y de los medios que les proporciona para cumplirlo.

PUNTO 2.º—En cuanto a los medios de que puede disponer un Rey para cumplir este fin, propio de su Estado, son cuatro principales: «Su ejemplo». «Su trabajo». «Su valor»; y «La gracia de Dios».

Su ejemplo.—Más convence y persuade la práctica de un ejemplo que las teorías de cien preceptos... Si un oficial hace a sus soldados preciosas disertaciones sobre el valor y se queda luego en la batalla a retaguardia de su compañía, a pocos soldados convencerá, si es que convence a alguno... Pero si este oficial

se pone, sin decir nada, al frente de su compañía, y desafía delante las balas y entra el primero por entre las filas de los enemigos, no habrá, seguramente, un solo soldado que no le siga... Y si en vez de ser un oficial es el general en jefe, el ejército hará proezas; y si en vez de ser el general es el Rey, no ya el ejército, sino la nación entera, será la arrastrada, y sus ejemplos pasarán a la Historia como modelo y como enseñanza... Porque el ejemplo, señor, mientras de más alto viene, tiene mayor fuerza difusiva para correr y propagarse... Los hombres, que de suyo son vanos y arrogantes, tienen una propensión natural a imitar al superior inmediato, con quien están en contacto... Así, se ve que el niño pequeño imita en sus juegos al hermano mayorcito, y éste al que ya es jovencuelo, y éste al que ya tiene barbas, y el que tiene barbas al hombre ya maduro, y así, sucesivamente, hasta llegar al viejo, al cual ya no le imita nadie... Pues de la misma manera imitan al Rey los señores de primera fila que tiene en su Corte, y a éstos los otros de segunda fila que viven más alejados, y a éstos los banqueros y burgueses, y a éstos la clase media, y a ésta los criados, y a los criados el pueblo, y al pueblo los chulos, y a los chulos los golfos de la calle... Y ahí tiene V. M. el buen o mal ejemplo, bajando desde el trono y difundiéndose por todas las capas sociales, hasta llegar a la última, más o menos variado de forma, pero llevando siempre consigo la buena o mala semilla y recayendo siempre la última y primitiva responsabilidad sobre la conciencia del Rey...

El buen ejemplo hay, sin embargo, que darlo con mucha cautela y con mucho tacto; no imponiéndolo con dureza, sino *proponiéndolo* con suavidad, sin críticas ni recriminaciones y sin ajar a nadie... Todo lo que sea imponer y criticar hiere el amor propio, y el amor propio herido de un hombre le convierte en enemigo, y produce enemistades que pueden dañar mucho, porque no hay enemigo pequeño... En tres cosas debe extremar V. M. su buen ejemplo siempre, y muy en particular en estos primeros años de su reinado: «En el respeto a Dios y a

las cosas de su Iglesia». «En el respeto y amor a S. M. la Reina». «Y en su benevolencia y caridad para con los pobres».

a) Dé V. M. buen ejemplo de su respeto a Dios, guardando siempre en la iglesia y en todos los actos religiosos la mayor seriedad y compostura... A poco que V. M. cuchichee o se ría, por ejemplo, en la capilla, todos los de la Corte le imitarán, exagerando, con grave escándalo de muchos... Procure también, así en sus conversaciones como en sus actos, demostrar siempre el mayor respeto al Papa, a los obispos y a los sacerdotes, porque son ministros de Dios y su estado merece el mayor respeto y deferencia... Mucho han de combatir en esto a V. M., y para infundirle desconfianza y desprecio contra la Iglesia y sus ministros le contarán cosas indignas, inventadas unas, exageradas otras y ciertas no pocas... Porque es indudable que hay sacerdotes malos y aun indignos; pero por muy indignos que sean sus personas, siempre es altísimo y respetabilísimo su estado... Muchos reyes ha habido malvados y hasta vergonzosos, y no por eso puede ni debe escarnecer la Majestad Real ningún monárquico. (Lo de los Embajadores japoneses.)

b) Todo cuanto haga V. M. por honrar a S. M. la Reina, así en público como en privado, y dar en esto el mejor ejemplo, será siempre poco, por dos razones: Primera: Porque por mucho que V. M. haga, siempre merecerá ella mucho más y nunca podrá compensarle los trabajos, los sacrificios, las angustias y las humillaciones que ha tenido que sufrir ella, como madre y como Reina, para educar a V. M. como hijo y como Rey... A medida que vaya V. M., con el tiempo, conociendo las cosas y las personas a fondo, irá también comprendiendo esto... Segunda: Porque el indudable cariño que V. M. profesa a S. M. la Reina va a verse puesto muy pronto a prueba... Desde el día 18 se encontrará V. M. entre dos grupos distintos, que querrán apoderarse de su ánimo para dominarle... Uno de estos grupos, que es el más temible, porque es el más fuerte, lo formarán los políticos... Otro, temible también por

distinto concepto, lo formarán los palaciegos... Los dos pretenderán el mismo objeto, aunque por causas distintas... Los dos emplearán toda clase de medios, y como a los dos estorbará para conseguir sus planes la santa y sana influencia que pueda ejercer S. M. la Reina en el ánimo de V. M., los dos procurarán destruirla, bien alejándola a ella del lado de vuestra majestad, o bien sembrando discordia entre ambos... Muy prevenido deberá estar V. M. contra esto, porque más tarde o más temprano, por un camino o por otro, ha de llegar... Pero como el juego se les ha de ver muy pronto, V. M. podrá muy fácilmente conocer su mala fe sólo con hacerse este raciocinio: ¿Van ellos o ellas, o quienesquiera que sean, a querirme más y a interesarse por mí más que mi propia madre?... ¡Imposible!... Entre la turba de medianías que por desgracia constituyen hoy en España la mayoría de los hombres políticos y de los palaciegos, ¿hay uno solo que supere a mi madre en experiencia de los negocios políticos?... Tampoco. El que más, podrá igualarla; pero superarla, ninguno... Luego entonces, todo el que pretenda, sea quien sea y venga por caminos derechos o por caminos torcidos, separarme de mi madre o arrancarle mi confianza, no obra de buena fe, sino que pretende aislarme de sus prudentes consejos y de su desinteresada influencia para abusar de mi inexperiencia y explotarla en pro de sus intereses personales o de sus miras políticas... Esto nunca deberá consentirlo ningún Rey, ni como Rey, ni como hijo; porque nunca, ni aun cuando tenga la cabeza blanca, deja un Rey, por ser Rey, de ser hijo; ni se halla exento del cuarto Mandamiento de la ley de Dios, que manda honrar padre y madre... Así lo han hecho los más grandes reyes de todas las épocas, teniendo siempre a sus madres en la Corte y tributándoles en ella los mayores honores y las más grandes pruebas de respeto... San Fernando no se separó un momento de su madre, doña Berenguela... Carlos III tuvo siempre consigo, desde que volvió de Nápoles, a la suya, doña Isabel de Farnesio... San Luis, en Francia, no se separaba nunca de su madre, doña Blanca, sino cuando

iba a campaña; y Luis XIV cedió siempre el primer puesto en la Corte a su madre, doña Ana de Austria, hasta que murió esta ilustre señora... Un triste ejemplo tenemos en España de lo contrario: Fernando IV, *el Emplazado*, apartó de sí, a su madre, la gran Reina doña María de Molina, engañado por el inicuo Infante don Juan, *el Tuerto*, vergüenza de la Historia... Pero comprendiendo al cabo la felonía de este traidor, llamó de nuevo a su madre, y en sus brazos murió el desdichado, encomendándola la regencia de su hijo Alfonso XI... Honre, pues, V. M. mucho a la suya y dé grande ejemplo de ello, porque sobre cumplir con esto la obligación que le impone el cuarto Mandamiento, trabajará, al mismo tiempo, por su propia conveniencia... Y sepa que en esto toda precaución que tome es poca, porque yo sé que hay más de un don Juan, *el Tuerto*, y aun quizá más de una doña Juana, *la Tuerta*, que plantearán la batalla en cuanto la ocasión se presente... Ya les verá venir V. M. y se acordará entonces de lo que hoy le digo...

c) El tercer punto en que V. M. podrá hacer mucho bien con su ejemplo es en la benevolencia y caridad con los pobres... Los pobres, señor, son, entre los innumerables hijos de que se encontrará V. M. padre el día 18, los más humildes y los más débiles, y un buen padre siempre mima y considera, más que a ningún otro de sus hijos, al más débil... Que nunca se acerque a V. M. ningún pobre sin que lleve, por lo menos, una palabra cariñosa que le consuele y le aliente... La afabilidad de un Rey se estima mucho, y en más de una ocasión, una palabra cariñosa o una sonrisa han convertido en entusiastas partidarios a enemigos acérrimos... V. M. ha dado ya en esto algunos ejemplos que le han servido de mucho... Me contaron que volviendo V. M. un día de las maniobras de Carabanchel, venía a caballo, al estribo del coche de la Reina... Quiso acercarse una viejecita para entregarla un memorial, y como no pudo porque el coche pasó de prisa, V. M. volvió el caballo, tomó el memorial de manos de la vieja y le prometió, con el mayor cariño, entregarlo en persona... El hecho es bien sencillo; pero bastó para

que el pueblo se entusiasmara y colmase a V. M. de bendiciones... El mérito de estos actos está en que salgan del corazón, como a V. M. le salió, indudablemente, éste... Pero cuando no salgan del corazón, hay que sacarlos de la cabeza...

PUNTO 3.º—El segundo medio que puede ayudar mucho a un Rey para el cumplimiento de su fin, como Rey, es el trabajo... El trabajo es una ley impuesta al hombre por Dios, que siempre se hace dura a la mayor parte de ellos, y muy en especial a los grandes y poderosos, que tienen medios de declinar en otras manos la parte que les cabe, para entregarse ellos a la ociosidad y a los placeres... Los *reyes holgazanes*, como los llama un historiador, abundan en la Historia, y no pocos han deslustrado las grandes cualidades de que estaban dotados con la *holgazanería*, que les entregaba, atados de pies y manos, a favoritos y ministros poco leales... El trabajo de un Rey que no quiere ser engañado es, a veces, muy duro, porque no debe reducirse a despachar una hora diaria con los ministros, sino que debe examinar muchos negocios por sí mismo; tomar informes, escribir notas, hacer estudios, oír consultas, recibir gentes y otras mil cosas que a cada paso nacerán de las circunstancias... Y esto, que de suyo es pesado, se hace insoportable y se convierte en tentación vehementísima cuando la diversión y los entretenimientos más agradables se tienen a la mano y esperan del lado de allá de la puerta... Gran fuerza de voluntad se necesita para no empezar por demorar el trabajo y no concluir por abandonarlo del todo, con grave daño de muchos... Por eso se debe tener en cuenta que demorar sin necesidad un negocio es, con frecuencia, estropearlo o impedirlo... «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», dijo un sabio; y es muy exacto y verdadero aquel refrán de Andalucía: *Por la calle de Después se llega a la plaza de Nunca*... El orden en el tiempo facilita mucho el trabajo, y todo el secreto del orden está en esto: *Una hora para cada cosa y cada cosa a su hora*.

PUNTO 4.º—El tercer medio que puede ayudar mucho a un Rey para alcanzar

su fin es el *Valor*..., y este medio es de tal importancia, que no sólo le es conveniente, sino que le es absolutamente necesario... Un Rey tiene que ser precisamente valiente; de lo contrario, degradará su corona como Rey y merecerá el desprecio de todos como hombre, porque jamás se disculpa a un Rey la cobardía... Hay dos clases de valor: el valor guerrero o activo y el valor pasivo o civil, y uno y otro son de todo punto indispensables a un Rey... El valor guerrero o activo es el que hace al hombre desafiar el peligro material y acometer empresas y reñir batallas y jugarse la vida ante una bala o una espada, sin perder la presencia de espíritu... Este valor, que es el propio del soldado, rara vez le será necesario hoy a un Rey en esta forma; porque dado el modo de ser de las guerras actuales, no digo ya un Rey, pero ni aun siquiera un general, debe estar al alcance de las balas, como no sea en caso raro de gravísimo apuro... Pero si bien sería muy extraño hoy que un Rey tuviese que jugarse la vida en una batalla, es de todos los días y de todos los momentos que tenga que jugársela al volver de cada esquina y en la hora que menos lo piensa... Dados los medios de que se valen en esta época los enemigos de la Monarquía, un Rey tiene que estar, hoy como hoy, siempre dispuesto a morir, y para esto se necesita un valor muy grande... La raíz de este valor está, sin embargo, en una cosa muy sencilla: tener la conciencia tranquila... El hombre que así la tiene es valiente y desafía la muerte, porque sólo ve en ella una especie de salto que le hará caer en brazos de Dios y en una eternidad completamente dichosa... Pero el hombre que no tiene la conciencia tranquila y se siente enemigo de Dios, no puede ser valiente, ni se atreve a desafiar la muerte... Porque aunque el materialismo de ella y el sufrimiento que trae consigo no le asuste, la idea de lo que viene detrás le espanta y le hace vacilar y huir del peligro... (Giles en el Callao.)

El otro valor pasivo es el que se necesita para arrostrar, sin ceder ni blandearse, las consecuencias que pueda traer un acto que ejecutamos o dejamos de ejecutar... A un Rey, por ejemplo,

quiere obligarle su Gobierno a cometer un acto injusto, o un pueblo amotinado exige de él una acción indecorosa... El Rey se niega y resiste y desafía todos los daños y peligros que le pintan y con que le amenazan, y como muchas veces las amenazas se realizan, se necesita para resistir a ellas un valor muy grande... Otras veces, quizá las más, ni los peligros llegan, ni las amenazas se cumplen, porque cuando la energía de carácter sostiene lo que es justo, bueno y prudente, tiene la virtud de acobardar a todas esas pasiones bastardas que se levantan contra ella... Gran prueba de este valor dió don Alfonso XII cuando, convencido de nuestra inferioridad respecto a Alemania, resistió a la ciega opinión pública, que le pedía la declaración de guerra con motivo del incidente de las Carolinas. Y no han sido menores pruebas de ese valor las dadas por S. M. la Reina al terminar la guerra con Norteamérica (que acaso evitaron la desmembración de España), y recientemente al impedir el decreto contra las Congregaciones religiosas. Y así, como la raíz del valor activo es la tranquilidad de la conciencia, así también la raíz de este otro valor pasivo está en el convencimiento de que no hay daño ni ventaja, por grande que sean, que puedan compensar una acción mala y cobarde que nos aparta de nuestro último fin... ¿Es esto justo? Pues ha de hacerse, aunque caigan sobre mí todos los males, que ya cuidará Dios de transformar, para mí, estos males en bienes... ¿Es esto injusto? Pues no se hará, aunque me ofrezcan todas las ventajas del mundo, porque sé yo muy bien que todas estas ventajas se transformarán, para mí, en males cuando tenga que rendir mis cuentas a Dios...

PUNTO 5.º—En cuanto a la gracia de Dios, que es el cuarto y más eficaz medio que puede ayudar a un Rey al cumplimiento de su último fin, sólo dependerá de él disfrutar de esta poderosísima ayuda... La gracia de Dios es esa fuerza interna y sobrenatural que nos facilita y empuja hacia el bien y nos entorpece y aleja del mal... V. M. se siente impulsado a una buena acción, pero le acometen dudas, vacilaciones, temores de

que no le bastan sus fuerzas y titubea y pide a Dios su auxilio... Y entonces, de repente, siente un nuevo impulso que le empuja hacia esa buena obra, y las vacilaciones cesan, las dificultades se desvanecen y V. M. ejecuta la acción con pleno conocimiento y plena libertad... Pues esa fuerza misteriosa, ese impulso libre, ésa es la gracia de Dios... San Agustín pone a este propósito un precioso ejemplo... Figúrese un niño pequeñito, en brazos de su madre, al pie de un manzano... El niño ve una manzana pendiente y la quiere coger y levanta las manitas; pero no alcanza y hace esfuerzos inútiles... Entonces la madre baja suavemente la rama, hasta poner la manzana al alcance del niño, y éste la coge creyendo que con sus propias fuerzas la alcanzó... Pues este niño en brazos de su madre es el hombre en brazos de la amorosa providencia de Dios, y ese bondadoso impulso dado a la rama para ponerla a su alcance es la gracia de Dios, que aumenta las fuerzas y santifica las obras... *Todo lo podrá un Rey si la gracia de Dios le ayuda, y Dios se la dará siempre en proporción de la alteza, de su estado, si él la pide y la merece y no le pone en su alma el obstáculo insuperable del pecado...* De él dependerá, pues, el poder disfrutar o no de este inmenso beneficio... ¡Señor! No se acueste V. M. una sola noche teniendo sobre la conciencia el peso de una culpa grave, y la gracia de Dios llevará a feliz término todas sus empresas y le escudará contra todos los peligros...

MEDITACIÓN CUARTA

DEL USO Y ELECCIÓN DE LAS COSAS EN UN REY

Dios da las fuerzas según la carga que impone, y proporciona los medios según la altura y magnitud del fin que ha designado... Por eso, siendo en la tierra el fin de un Rey, como Rey, más alto, más vasto y más difícil que los fines particulares de los demás hombres, ha puesto a disposición de los reyes medios más numerosos, de más poder y de más eficacia que los que pone a la de los demás

hombres... En torno de los reyes parecen agruparse, en efecto, todas las cosas, todas las personas y todos los medios de acción que pueden facilitar los impulsos de una voluntad... Y por esta misma facilidad, es menester que cuide el Rey, más que ningún otro hombre, de que esta voluntad suya vaya bien depurada de todo vicio o error y bien dirigida al uso de las cosas que Dios le permite, y de ninguna manera al abuso de ellas que Dios le prohíbe porque le apartan de su último fin... Entre un mal impulso de la voluntad de un hombre cualquiera y su ejecución suele haber un largo espacio de tiempo, que da lugar a la reflexión para combatirlo y a una serie de dificultades que pueden impedir esta mala voluntad antes de que dañe a nadie... Pero entre un impulso de la voluntad de un Rey y su ejecución sólo suele mediar el tiempo necesario para expresar el mandato, sin que quede tiempo a la reflexión para neutralizarlo, ni lugar a las dificultades para impedirlo... Un Rey siempre encuentra quien le sirva con eficacia y prontitud, y quizá con más eficacia y más prontitud para el mal que para el bien... Por eso jamás deberá dejar escapar un Rey un impulso positivo de su voluntad, que de ordinario se transformará, acto continuo, en hecho consumado, sin haberlo pasado y repasado por aquel tamiz prudentísimo, que no me cansaré de repetir a V. M... ¿Me lleva esto al cumplimiento de mi fin, como hombre y como Rey?... Pues lo hago, aunque me repugne... ¿Me aparta esto de este doble fin mío?... Pues lo rechazo, aunque me agrade.

En tres cosas, principalmente, deberá aplicar un Rey este criterio recto y seguro para la elección de las cosas: «En la elección de sus placeres». «En la elección de los hombres que emplee». «En la elección de sus amigos»...

PUNTO 1.º—Ya dije a V. M., y vuelvo a repetirlo hoy, que las diversiones lícitas no sólo son permitidas, sino que son siempre convenientes y con frecuencia necesarias... El espíritu humano no puede estar siempre en la tensión que le impone el trabajo, y necesita reposo y descanso, en algo que le distraiga y divierta... De

aquí vino el Apólogo de Esopo y las nueces... Vieron unos sabios, amigos de Esopo, que estaba éste un día jugando a las nueces con unos niños, y se rieron de su ocurrencia... Pero Esopo, sin decir palabra, armó muy tirante un arco que allí había y se lo presentó diciendo: «¿Qué sucederá a este arco si lo dejo siempre en esta tensión?...» «Pues que saltará...» «Pues lo mismo sucederá a mi entendimiento si no lo aflojase de cuando en cuando...» Y tenía mucha razón Esopo, y de aquí nació el proverbio: *Arco siempre armado, o flojo o quebrado*. Pero una cosa es que el arco esté siempre tirante, y otra que esté siempre flojo: es decir, que una cosa es divertirse para descansar y otra vivir para divertirse... Por eso dije a V. M. que la diversión tiene que ser en la vida lo que la sal en la comida: un ingrediente auxiliar que la sazona y la hace agradable al paladar y beneficiosa al estómago... En esto es donde los jóvenes encuentran un escollo formidable, y muy natural, por otra parte, en la vehemencia e impremeditación de los pocos años... El gozar les encanta y les ciega, y gozan por gozar y no por *sazonar* la vida, como los glotones comen por comer, y no por mantener sus fuerzas vitales. Es decir, que *abusan* de la diversión, en vez de *usar* de ella, y convierten en fin de la vida lo que sólo debe ser un medio de alcanzar su verdadero y último fin...

Y cuide, señor, que por este lado será probablemente por donde atacarán a V. M. esos dos grupos de hombres, que intentarán dominar su ánimo... Rodeando a V. M. de diversiones y entretenimientos, apartarán su atención del trabajo, y como el trabajo en un Rey *es el Poder*, quedará el Poder abandonado en manos de ellos exclusivamente, que es lo que conviene a algunos políticos... En cuanto a los cortesanos, procurarán lo mismo, para hacerse agradables a V. M. y conquistar su confianza... Y cuando ya no basten los placeres lícitos, le procurarán los ilícitos, y estableciendo así con esto una especie de complicidad entre V. M. y ellos mismos, explotarán su confianza y hasta explotarán los mismos vicios de V. M., si logran infundírselos... Escoja, pues, V. M. sus diversio-

neas con peso, medida y razón, no autorizando jamás con su presencia ningún espectáculo ni reunión indecorosa y conservando siempre, aun en las mismas licitas, el decoro que se debe a sí mismo como hombre, y el que debe a la dignidad de su persona como Rey...

Por ejemplo: Bueno que V. M. vaya a los toros siempre que quiera, si le gustan, y se divierta mucho en ellos y se conquiste las simpatías del pueblo... Pero muy malo que llegase a tanto su afición que se pusiera a torear como algunos aficionados, aunque no me atreva yo a censurar del todo en ellos, porque como V. M. comprenderá muy bien, lo que en un particular no es criticable, en un Rey puede ser muy reprehensible... Bueno que V. M. acepte las invitaciones que le hagan en determinadas casas de gran respeto, por su alta posición o representación oficial... Pero muy malo que acepte las que pudieran hacerle cualquiera de esas señoras que andan por ahí con pretensiones de elegantes, sin más títulos a este dictado que lo alegre de su vida, una hermosura más o menos auténtica y algunos cuartos ganados Dios sabe dónde, cómo y cuándo...

En nada debe tener tan presente un Rey que es Rey como en medio de las diversiones; porque el gozar embriaga y enloquece y lleva a excesos indignos, que rebajan... Claro está que un Rey no ha de estar siempre con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, como los reyes de la baraja... Ni tampoco ha de tener un concepto tan ridículo de su majestad como aquel Gran Tamerlán, de Persia, que se creía superior a todos los reyes, y para hacer constar su superioridad hacia que diariamente saliese un heraldo al balcón, después de comer, y gritase a los cuatro vientos: «¡Ya pueden comer los demás monarcas del Universo, porque el Gran Tamerlán, de Persia, ha comido ya!...» Ante los alardes intempestivos de la vanidad, lo mismo en un Rey que en un hombre cualquiera, las gentes se irritan o se rien... Pero ante las muestras de la verdadera dignidad noble y legítima, los hombres se inclinan y la acatan... Por eso un Rey, ni aun

en su trato más íntimo, debe olvidar nunca que es Rey, y por eso también en sus relaciones con las gentes, sean de la clase que fueren, debe ceñirse siempre a esta fórmula: «Afabilidad con todos... Confianza con muy pocos... Familiaridad con nadie...»

PUNTO 2.º—De la elección de los hombres que han de ayudar a un Rey en su gobierno depende las más de las veces la mayor o menor facilidad con que este Rey pueda cumplir el fin que le ha señalado Dios con respecto a sus súbditos... Lo atinado a esta elección ha hecho a muchos reyes ocupar en la Historia un lugar honorífico, que nunca hubieran conquistado ellos por sí mismos... De aquí la importancia de estas elecciones y la madurez, la prudencia y pureza de intención que debe tener un Rey al hacerlas... Al elegir hombres, el Rey no debe tener en cuenta que le sean simpáticos o antipáticos, ni que tengan grandes protectores o dejen de tenerlos, sino sólo estas dos circunstancias... ¿Es honrado?... ¿Es apto?... Porque no bastará que sea honrado, sino que deberá también ser apto... Ni bastará tampoco que sea apto, sino que es preciso que sea al mismo tiempo honrado... Desgraciadamente, la honradez y la aptitud no van siempre unidas, y desgraciadamente también, la aptitud y la picardía se encuentran juntas con mucha frecuencia... Por eso debe el Rey hacer concienzudos estudios sobre los hombres que ha de elegir, para escoger los útiles y desechar los inútiles, manteniéndose siempre en el justo medio de estos dos extremos opuestos... «Todos los hombres son buenos». «Todos los hombres son malos». No, señor... Ni todos los hombres son buenos, ni todos los hombres son malos... Hay muchos malos, y hay muchos..., pero muchos, más de lo que se cree, buenos... Por eso la gran ciencia del mundo no está en creerlos todos malos, como creen muchos; ni en creerlos todos buenos, como creen pocos; sino en saber distinguir los unos de los otros y en aprovechar la bondad de los buenos y precaverse contra la maldad de los malos... Hombres honrados y de valer no escasean; pero ordinariamente hay que ir a

buscarlos, porque su falta de ambición les confunde y oculta entre la multitud... En cambio, ambiciosos aptos y ambiciosos ineptos (porque la ambición no supone el mérito) los encontrará V. M. a montones en primera fila y se le meterán por los ojos y le atosigarán solicitando, por toda clase de medios, favores y empleos... Es más: muchas veces las circunstancias obligarán a V. M. a tener que servirse, no ya de ambiciosos más o menos aptos, sino hasta de hombres reconocidamente perversos... Los hay, por desgracia, que han llegado a hacerse necesarios y se han hecho al mismo tiempo tan fuertes, que difícilmente podría un Rey prescindir de ellos... Preciso será en estos casos aceptar sus servicios, siempre sospechosos, y utilizarlos y manejarlos con todas las precauciones con que se maneja un arma traidora cargada de dinamita, que puede estallar a cada momento, porque no es menos peligroso ni menos expuesto el difícil arte de manejar *tunantes* que un Rey tiene a veces necesidad de aprender... Jamás en su trato con estos hombres les haga V. M. ninguna confianza que pueda comprometerle más tarde... Nunca acepte ninguna propuesta de ellos, por sencilla que sea, sin someterla a la aprobación y consejo de personas de toda confianza... Y *nunca, jamás*, ni por ningún *concepto*, se ligue con ellos para nada SECRETO, por muy grandes ventajas que le ofrezcan y muy altos ejemplos que le presenten... Tal sería el caso, por ejemplo, de que propusiesen a vuestra majestad entrar en alguna de esas sociedades secretas, como la Masonería... ¡No, señor!... Eso no puede ser, y sin extrañezas ni espantos, porque un Rey no debe extrañarse ni espantarse de nada, deberá V. M. rechazar esa proposición, si alguna vez se la hacen, con mucha sencillez, pero con mucha firmeza... V. M. no tiene más superior que Dios, ni más fin que el bien de sus súbditos, y no puede someterse a ningún poder humano sin degradar su soberanía, ni ligarse, especialmente y en secreto, con un grupo de hombres sin faltar a los compromisos que tiene ya con el resto de sus súbditos...

PUNTO 3.—V. M. tendrá amigos, y es

muy natural, muy justo y muy conveniente que los tenga... Pero como aspirarán, sin duda, a este honor todos los que están en circunstancias para ello, y muchos que no lo estén, pero que creerán estarlo, fuerza será que V. M. los elija, y esta elección es también de la mayor importancia... Suele decirse, y es muy grande verdad, a mi juicio, que entre dos amigos y dos amantes que bien se quieren, uno siempre es el que quiere y otro el que se deja querer... Es decir: uno prueba el cariño con sacrificios, servicios y abnegaciones, y el otro sólo lo prueba aceptando todo esto, o lo que es lo mismo, dejándose querer.

Si quieres que yo te quiera, ha de ser con condición: que lo tuyo ha de ser mío, y lo mío tuyo no...

Esto es muy humano y muy verdadero, y a primera vista parecerá a todos y a V. M. también, que entre los amigos de V. M. y V. M. mismo, ellos serán los que quieran y V. M. el que se deje querer... Porque ellos serán indudablemente los que hagan los servicios y le diviertan y le distraigan, y V. M. será el servido y el divertido y el que se distraiga... Pero fíjese V. M. un poquito y verá como todos ellos sacan algo y acaban pidiendo alguna cosa... Únos pedirán honores, otros empleos y algunos hasta dinero; y el que menos saque querrá sacar la vanidad de poder hacer alarde de amigo del Rey, porque esto vale mucho y se cotiza por ahí fuera muy alto... Cuando V. M. encuentre alguno que nada saque, ni pida, ni quiera, ni alardee, ése es buen amigo y ejemplar que merece conservarse... Pero no es ahí donde está la verdadera importancia de la elección de amigos... Porque, después de todo, un Rey debe más bien dar que recibir, para no quedar nunca deudor de nadie... Ya el primer Duque del Infantado, hijo del Marqués poeta, tenía como divisa: «Dar es señorío, recibir es servidumbre...» La verdadera importancia está en que le sean útiles y le lleven y no le aparten del cumplimiento de su fin... Por eso aquí es menester evitar a

toda costa aquel criterio: ¿Me divierte? Pues lo tomo (porque los tunantes suelen ser, de ordinario, muy divertidos). Y aceptar sin vacilaciones aquel otro: ¿Me ayudan a mi fin? Pues me conviene... ¿Me apartan de él? Pues hay que alegrarlos...

Otro criterio muy seguro... El amigo que sirva a V. M. y le acompañe a todo lo justo y bueno, y se niegue rotundamente a servirle y acompañarle en lo que no sea bueno ni justo, ése es el verdadero amigo; ése es el perfecto caballero, que sirve a su Rey, y del que V. M. deberá fiarse... Pero el que le sirva lo mismo en lo que es justo que en lo que es injusto y le acompaña a lo bueno lo mismo que a lo malo, aunque no sea él quien tome estas malas iniciativas, ése es por lo menos sospechoso y no es más que un lacayo que teme perder el salario de dinero o de favor que le da su amo... Y quiera Dios que no sea un traidor que trate de venderle... Porque entre los hombres de la política y los hombres de la Corte suele haber muchos y secretos empalmes, y sería muy fácil que algunos de aquel grupo que querrá apoderarse del ánimo de V. M. se pusiese de acuerdo con alguno de estos amigos de la Corte para llevar a cabo sus manejos... Esto se ha visto muchas veces y podrá repetirse fácilmente... Una vez escogidos los amigos, diviértase V. M. en buen hora con ellos... Pero hasta dentro de la mayor intimidad, acuérdesse siempre de aquello: *Afabilidad con todos... Confianza con muy pocos... Familiaridad con nadie...* La familiaridad engendra a la larga el menosprecio, y como hay gentes para todo, podría ser muy bien, a poco que V. M. se deslizara en esto, que le sucediese algo parecido a lo que aconteció al antiguo Príncipe de Gales con cierto capitán Ward, muy conocido en Londres... Trataba el Príncipe con harta confianza a sus amigos, y una noche, hallándose reunidos varios con éste, Ward, que era muy fatuo, quiso hacer alarde de su familiaridad con el Príncipe y se atrevió a decirle: «Eduardo, tirad de la campanilla para que venga un criado...» Y Eduardo tiró, en efecto, pero fué para dar orden al criado de poner

en la calle a aquel insolente... Claro está que el Príncipe encontró buena salida... Pero estas cosas son siempre duras de hacer y conviene más evitarlas...

Pues si la familiaridad con los amigos puede traer compromisos a un Rey, figúrese V. M. los que pueden acarrearle la familiaridad con las amigas... Porque V. M. también tendrá amigas, y en su trato con ellas deberá tener siempre presente que delante de una señora un Rey sólo es el primer caballero de la nación... Pero fuera aparte de la galantería más exquisita y correcta, lo mismo con las guapas que con las feas, y mucho más con las viejas que con las jóvenes, porque aquéllas tienen sobre éstas la dignidad de los años, que es una muy respetable dignidad, V. M. no deberá propasarse nunca a nada que...

MEDITACIÓN QUINTA

DEL PECADO.—DE LA MUERTE. DEL JUICIO.

Me parece que no podrá quejarse vuestra majestad, hasta ahora, de no haber encontrado cosas curiosas y dignas de tenerse en cuenta debajo de la losa del Licenciado Astudillo... Y la más importante que hemos encontrado, a mi juicio, es la noción clara y evidente del fin del hombre en la tierra... La cual no deja de ser, como anuncié a V. M., una sencilla verdad de Pero Grullo, que los hombres tienen olvidada de puro sabida, y de la cual hacen por eso caso omiso... Pocos son, en efecto, los que se toman el trabajo de averiguar o recordar para qué han venido al mundo... Unos creen que *porque sí...*, como las lechugas y los pepinos, o los perros y los gatos... Otros creen que para hacerse ricos...; otros que para hacerse grandes...; todos que para gozar y divertirse, y no falta quien se crea nacido exclusivamente para comer, pues, en su opinión, el hombre no es otra cosa sino un tubo digestivo con dos orificios... Ni faltan tampoco centenares de individuos que parecen colocar el fin de su vida en pasearse por la Puerta del Sol, tomando éste en el invierno, y el fresco

en el verano... V. M. tendrá ocasión de verlos siempre que por allí pase...

Hoy ahondaremos un poco más en esta misteriosa sepultura de Astudillo, y encontraremos nuevas cosas, desagradables esta vez y muy tristes; pero por lo mismo muy saludables...

PUNTO 1.º—Una vez sentado que el fin del hombre en la tierra *es servir y amar a Dios, guardando sus Mandamientos, y mediante esto salvar su alma...* Y una vez sentado también que el fin de todas las demás criaturas *es servir y ayudar al hombre para conseguir su fin propio*, resulta que debe haber una línea directa bien marcada..., un camino derecho bien trazado, donde el hombre, ayudado de todas esas criaturas creadas por Él, pueda ir directamente a Dios, sin miedo de engañarse o extraviarse... Esta línea directa, este camino seguro por donde el hombre puede llegar sin tropiezo a su fin, es el de los Mandamientos de la ley de Dios... Así, pues, todo acto humano que caiga dentro de los Mandamientos de la ley de Dios es lícito al hombre y le lleva a su fin... Y todo acto humano que caiga fuera de los Mandamientos de la ley de Dios es ilícito al hombre y le aparta de su fin... Estos actos ilícitos que caen fuera de la ley de Dios y apartan al hombre de su fin son los que constituyen el *pecado*... Si la materia sobre que versan es leve, el pecado es venial y no mata al alma; pero la enferma... Si la materia es grave, el pecado será mortal, y mata al alma y la aparta por completo de Dios, que es su último fin...

La gravedad del pecado mortal es infinita... Porque la gravedad de una culpa va en razón directa de la grandeza y la bondad de la persona a quien se ofende; y como la grandeza y la bondad de Dios son infinitas, la ofensa que se hace con el pecado es infinita también, y por eso tiene un castigo eterno... Si un hombre de baja condición escupe en el rostro a otro de su misma clase, peca y le ofende... Pero si a quien escupe es a un superior y bienhechor, crece su pecado y se aumenta la indignación que inspira... Y si a quien escupe es al Rey, y a un Rey que fuera al mismo tiempo padre amorosísimo de sus súbditos, entonces

inspiraría horror aquella culpa, y todos los castigos parecerían pocos para vengarla... Pues subiendo así hasta la majestad infinita de Dios y su bondad infinita, se llega a comprender la gravedad infinita del pecado mortal, y parecen lógicos entonces sus eternos castigos... Por estas penas y por las consecuencias horribles que el pecado trae consigo puede medirse también su gravedad infinita... Todos los males que devastan, han devastado y devastarán la tierra en adelante no son sino consecuencia del pecado de nuestros primeros padres... Un solo pecado de desobediencia... Un solo *abuso* de aquellas cosas que Dios les había dado para que *usaran* de ellas como medio de llegar a su último fin... ¡Qué gravedad no tendría aquella culpa, para traer de reata calamidades tan inmensas!... Sólo en los estragos causados por la muerte, que es uno de los daños derivados de aquel pecado, puede formarse una estadística horrenda, que da idea de la gravedad que tuvo... Según estadistas muy acreditados, mueren cada día, por término medio, 80.000 personas... Pongamos, sin embargo, nada más que 50.000; porque tampoco ha estado siempre el mundo tan poblado como ahora... Al cabo de un mes tendremos 1.500.000 personas muertas... El año tiene doce meses, el siglo cien años, y hace ya cerca de sesenta siglos que existen hombres... Levante V. M. en su imaginación una pirámide con todos esos cadáveres... ¿Cuál será su altura?... Haga correr por su base el río de llanto, de sangre, de amargura y desolación que estas muertes causaron... ¡Esa es la obra de un solo pecado!

No se concibe, pensando racionalmente, después de estas consideraciones, la tranquilidad del hombre que vive en pecado mortal y ve pasar los días y los días y las ocasiones y las ocasiones sin arrepentirse ni salir de este estado tremendo... Porque la situación de este hombre debiera ser la de Caín, huyendo de rincón en rincón de la tierra para ocultar a los ojos de Dios y de los hombres la mancha que la sangre de su hermano le dejó en la frente... Porque la situación de este hombre no debiera ser,

en realidad, de verdad, sino la del condenado a muerte que se escapa de la cárcel y vive amedrentado y escondido, temiendo llegue a cada momento el Juez que ha de volverle a la cárcel y a la horca... El pecador, en efecto, no es otra cosa sino un prófugo del infierno, que se pasea por el mundo con el visible empeño de burlar la formidable justicia de Dios... Hasta que la misericordia de éste se cansa, y en el día que quiere y en el momento que designa le manda la muerte, que es la gran vengadora de Dios y el ministro ordinario de sus justicias, y ésta arrebató al desdichado prófugo y le sepulta para siempre en el infierno, que será su cárcel perpetua... ¡Entonces es el llanto eterno y el crujir de dientes! ¡Si yo hubiera pensado en ello!... ¡Si yo hubiera elegido lo que me convenía y no lo que me halagaba!...

PUNTO 2.º.—*De la muerte.*—El pecador ciego, porque es hijo de la pasión desordenada, y la ceguera es la nota característica de ésta... Sólo con esta ceguera, superior a todas las locuras, puede, en efecto, concebirse la temeridad del pecador endurecido, frente a frente de Dios... Figúrese V. M. que un hombre vil y bajo le ofende, y V. M. le coge, y le agarrota y le suspende sobre un abismo con un débil hilito, que sólo de su voluntad depende aflojar o romper... Y en esta situación, V. M. le exhorta a que se arrepienta y pida perdón, y le proporciona mil medios, y le da mil seguridades... Pero aquél, frenético, cada vez más endurecido, lejos de arrepentirse, se irrita más contra V. M., y le insulta de nuevo, y le amenaza, y no le deshace entre sus uñas porque no llegan sus fuerzas adonde llega su voluntad... ¡No sería esto, por parte de aquel hombre, la más obcecada de las locuras... la más temeraria de las maldades? ¡Y no sería natural y justo, por parte de V. M., cortar aquel hilito con que le sostiene y dejarle rodar en el abismo en el que él mismo se obstina en caer?... Pues este hilito que se rompe es la muerte; la gran vengadora de Dios, como dije a V. M. antes; porque ella es la que se encarga de remediar todas las injusticias y nivelar todas las desigualdades... Porque ella llega para todos, gran-

des y chicos, con el mismo silencio..., con la misma inflexibilidad..., y para todos es *cierta*..., para todos *da fin a todo*..., y para todos *está cercana*.

Es cierta... Esto no necesita demostración, y ni aun siquiera sería necesario mencionar esta nota característica de la muerte, si no fuera para recordarla, porque la mayor parte de los hombres viven como si tan terrible ley general no les comprendiese... La muerte es ciega... Vendrá despacio o de prisa; de repente o con larga enfermedad por delante; en el plomo de una bala o en los ahogos de una pulmonía...; pero vendrá... Vendrá para todos, y vendrá también para V. M., sin que nada pueda conjurarla, ni detenerla, ni retrasarla... Lo único que puede hacerse es prevenirla; prepararse para ella y dulcificarla de esta manera... Porque después de todo, la muerte no es terrible en tanto en cuanto es muerte y da fin a todo... Sino en tanto en cuanto da principio a la otra vida, y ella es la que abre las puertas de la eternidad... Para el que la espera dichoso, no ofrece la muerte horror ninguno... Un salto, como dije a V. M. antes, que le hace caer en brazos de su Padre, y en la eternidad de una vida feliz... Lo malo es cuando el pecado hace desconfiar al hombre de encontrar en Dios un padre y en la eternidad una vida feliz... Entonces es natural y lógico que el horror de la muerte supere a todos los horrores, porque ella los compendia todos y abre la puerta a todos... Por eso sólo depende del hombre tenerla por amiga o enemiga, y a fuerza de pensar en ella disminuir su fealdad, como sucede con aquellas personas feas con quienes tenemos continuo trato... *Piensa en la muerte, y te salvarás*, dice Kempis... Y añado una copla de mi tierra:

Desde el día en que nacemos,
A la muerte caminamos...
No hay cosa que más se olvide,
Ni que más cierta tengamos...

La muerte da fin a todo... ¡V. M. no ha visto nunca un cadáver!... Ver uno es verlos todos... Tan seco, tan rígido y tan repugnante quedará el de V. M. en el

panteón de El Escorial como el del mendigo más miserable en su sepultura de limosna... Las grandezas y los honores de V. M. se quedarán del lado de acá..., y las desventuras y trabajos de aquel pobre no calarán debajo de tierra... Yo he visto la momia de Carlos V, en El Escorial, y la de la infanta doña Urraca, en León, y la de doña Blanca de Borbón, en Jerez, y la del mismo San Fernando, en Sevilla... He visto también las momias famosas de Burdeos, y las del Sagrario de la catedral, en Granada, y las de la iglesia de Santiago, en Utrera... Allí hay gente rica y gente pobre, hombres y mujeres, viejos y niños, clérigos y hasta ahorcados... Ninguno se distingue... Todos son igualmente repugnantes... Unos huesos hediondos, envueltos en un pellejo sucio, que al contacto con el aire se hace polvo... Luego si todo ha de venir a parar en esto, y ha de parar en ello bien pronto..., ¿no es una locura sacrificar a lo temporal lo eterno... a los gustos y apetitos de ese montón de gusanos que se llama cuerpo, el porvenir y la dicha perdurable del alma? *¿Qué me importa ganar todo el mundo si pierdo mi alma?*—decía San Francisco Javier, y Santa Teresa añade:

Ni temo mal que no dura,
Ni quiero bien que se acaba...

La muerte está cerca... Y tan cerca, que puede estar ahí fuera, a la distancia de diez minutos..., de media hora..., de veinte días..., de veinte años..., de treinta..., de sesenta..., de setenta a lo más; y todo ello es cerca, y la gran prueba de que todo es cerca está en que siempre parece demasiado pronto... *¿Qué más da al condenado a muerte que le lleven al patíbulo por la calle de Alcalá, que es ancha y larga, que por cualquier callejón que sea estrecho y corto?*... Al fin ha de llegar, y siempre llegará demasiado pronto... Y gracias que venga la muerte por sus pasos naturales, contados, tranquilos..., sin que nada la apresure, ni la espolee, ni la estimule... *¿Y sabe V. M. lo que la espolea y la estimula y la hace llegar aprisa, corriendo, sin que barrera humana la contenga..., para arrebatarse*

a su víctima en la flor de su juventud, antes de que su razón madure y el bozo apunte en la cara?... Pues el goce anticipado..., el vicio temprano en todas sus asquerosas manifestaciones, y muy en particular en los excesos de la lujuria y de la carne... *El aguijón de la muerte es el pecado*—dice San Pablo...

No hay, pues, más remedio que mirar a la muerte cara a cara y acostumbrarse a vivir para morir, teniendo en cuenta este extraño fenómeno... Sucede en la hora de la muerte que se cambian por completo los puntos de vista, y lo que en la vida parecía dulce, en la muerte se tiene por amargo... Don Juan II, que tuvo en mucho el ser Rey, deseaba al morir haber sido fraile del Abrojo... *¡Bachiller!... Naciera yo hijo de un mecánico, é hubiera sido fraile del Abrojo, é non Rey de Castilla...* Mucho indica este fenómeno general y constante, y en él está fundada esta profunda máxima, que jamás ha engañado a nadie... *Procura elegir en la vida lo que hubieras deseado elegir en la hora de la muerte...*

PUNTO 3.º—*Del juicio particular.*—En el momento de morir el hombre, queda el cuerpo abandonado y repugnante ya, en el lugar en que le cogió la muerte, sin más porvenir ni más destino que el de ir a la tierra para ser pasto de gusanos... Para el alma, sin embargo, éste es el momento supremo..., porque éste es el instante terrible en que ha de encontrarse frente a frente de Jesucristo para darle cuenta estrechísima de toda su vida... El contraste tiene que ser horrendo, sobre todo para los grandes y poderosos..., V. M. se ve en la tierra amado, festejado, adulado..., rodeado siempre de una Corte en que habrá, sin duda, hombres de bien, pero en que no faltarán, seguramente, los ambiciosos y aduladores... V. M. no dice un chiste que no se le ría..., ni una frase que no se le comentase... Todas sus acciones se celebran: unas de verdad, otras por adulación... Todas sus intenciones se disculpan... Todos sus yerros se justifican... Y rara vez la verdad justa, desnuda, sin exageraciones que la saquen de juicio, llegará a sus oídos... Así se pasa la vida; muy dulce, es verdad... Muy agradable; perfectamente...

Pero llega la muerte..., y de repente, en un segundo de horror inmenso, se encuentra V. M. solo..., ¡solol..., delante de Jesucristo, que va a juzgarle... Ya no hay allí cortesanos, ni guardias, ni ministros, ni aduladores... Sólo están allí: de una parte, la verdad absoluta constituida en Juez, que todo lo sabe, que todo lo escudriña, que en nada se engaña... De la otra, V. M., sin majestad ninguna, solo..., cargado con sus culpas como el último de los reos..., sin más defensa que las buenas obras que alegue... Allí le pedirán cuenta estrechísima del mal que hizo y del que permitió hacer... Del bien que no hizo y del bien que impidió; y hasta de sus palabras, pensamientos y deseos más recónditos habrá allí noticia y se le pedirá estrecha cuenta... Todo este proceso se sustancia y se sentencia en un segundo; pero con tal evidencia, con tal justicia..., con tan avasalladora claridad, que al sentirse el alma condenada y al derrumbarse en el infierno no tendrá más remedio que reconocer la justicia de su sentencia y confesar en lo supremo de la desesperación: *¡Por mi culpa!*... *¡Por mi culpa!*... Mas este clamor, que aquí abajo podría revelar el arrepentimiento..., podría despertar la misericordia..., allí no encuentra más eco que el de la eternidad, ya inflexible y decretada... Ya es tarde... Ya no tiene remedio... Ya sólo queda el llanto eterno y el crujir de dientes...

MEDITACIÓN SEXTA

DEL HIJO PRÓDIGO

Estas terribles consideraciones sobre el pecado, la muerte, el juicio y la condenación, espantan el ánimo y podrían llevar al pecador a la desesperación misma, si todos esos horrores no pudieran precaverse, ni todos esos peligros conjurarse... El remedio, sin embargo, puede ser muy sencillo... Aquella confesión explícita: *¡Por mi culpa!*, que se escapa al condenado ante el Tribunal Divino, no tiene allí fuerza ninguna ni puede despertar ya ecos de misericordia... Pero esta misma confesión hecha a tiempo...,

hecha en la vida, basta para disipar todos los horrores y conjurar todos los peligros... Porque en el Tribunal de Dios sucede lo contrario que en los Tribunales de los hombres... En éstos, a la confesión del delito sigue la condenación... En aquél, a la confesión de la culpa sigue el perdón..., pero perdón amplio, grande, magnánimo; verdadero perdón de Padre, tan inmenso como es inmensa la misericordia de Dios... *Yo me olvidaré de tus culpas, como de piedra de molino que cae en el fondo del mar*, ha dicho el Señor...

Cuenta el Evangelio de San Mateo que cuando Jesucristo concedió a San Pedro la potestad de perdonar los pecados y de atar y desatar, San Pedro le preguntó: *¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano, si peca?... Y echándola de generoso, como quien cree llegar al máximo de la misericordia, añadió: ¿Siete veces?... Mas el Señor le contestó: ¿Siete veces?... En verdad te digo que no ya siete veces, sino setenta veces siete...* Es decir: tantas veces se arrepienta de verdad y se confiese de corazón... Y da la razón: *Porque más gozo causa en el cielo un pecador que se arrepiente, que noventa y nueve justos que no previrieron...* Y repite más adelante: *Los ángeles de Dios se alegran en el cielo por el arrepentimiento de un pecador...* Y para echar el resto a la misericordia divina..., para hacer ver claramente las paternales entrañas de Dios, contó entonces la admirable parábola del Hijo Pródigo...

.....
Había un hombre rico que tenía dos hijos... Y el más joven le dijo: «Padre, dame el caudal que me corresponde...» Y el padre dividió el caudal y le dió su parte... Pocos días después se marchó el hijo de su casa y abandonó a su padre porque allí no se divertía bastante... Y se fué a otra tierra lejana, y allí se divirtió mucho, viviendo lujosamente con amigos y mujercillas que le comieron toda su sustancia... *Substantiam suam*, dice el texto: toda su sustancia; es decir, toda su salud y todo su caudal...

Por aquel tiempo sobrevino en aquella comarca un hambre terrible, y el pobre mozo quedó sin amparo... Los amigos le volvieron la espalda... Las mujercillas

ya no le hacían caso... Púsose a servir a un amo que le envió a su granja para cuidar de los puercos... Y era tan grande el hambre, que ansiaba comer las bellotas que sobraban a los puercos; pero no se las daban... Acordábase entonces de aquella casa de su padre, tan tranquila, tan abundante... Acordábase también de aquel padre tan bueno que tanto le había amado... Y la angustia nacía y crecía en él...

«Los jornaleros de mi padre—pensaba—tienen su mesa bien servida, y yo perezo de hambre... Iré a casa de mi padre y le diré: «Padre!... Pequé contra Dios y contra ti... Ya no soy digno de llamarme tu hijo... Pero dájame un lugar entre los jornaleros de tu casa...»

Y se dirigió a casa de su padre, hambriento, extenuado, lloroso... Mas el padre le vió venir de lejos y se conmovió su misericordia y corrió a su encuentro con los brazos abiertos... El hijo se arrojó al suelo, con la cara en el polvo.... «¡Padre! Pequé contra Dios y contra ti... Ya no soy digno de llamarme tu hijo... Pero dájame un lugar entre los jornaleros de tu casa...»

Mas el padre le levantó, y le abrazó, y le besó en el rostro, y gritó a sus criados: «¡Venid!... Traed pronto la mejor túnica y el calzado y el anillo de oro que ponerle... Matad el mejor becerro y avisad a los músicos y a los coros para que comamos y nos regocijemos... Porque este

hijo mío había perecido, y resucita... Le había yo perdido, y le vuelvo a encontrar...»

Esta es, señor, la historia del pecador joven inexperto que se aparta de su padre, que es Dios, para correr tras de goces livianos, y los amigos le pierden, y las mujercillas le corrompen... Y ésta es también la historia de la misericordia de aquel Padre celestial que abre los brazos a su hijo, *desde lejos*, en cuanto le ve venir y a él vuelve los ojos, y le sale al encuentro, y le coloca otra vez el anillo de los elegidos, y le sienta a su derecha, y le vuelve en su casa el lugar de hijo...

Y con esto, señor, ya tiene V. M. explicada la última inscripción de la losa del Licenciado Astudillo: *Don Alfonso de Borbón, es pecador o puede llegar a serlo... ¿Y cómo podría dejar de ser pecador, si lo es, o evitar el serlo, si no lo es todavía?...*

Mucho queda por ahondar aún en esta misteriosa sepultura... El tiempo, los desengaños y las circunstancias de todo género le harán encontrar a V. M. nuevas cosas, y muy peregrinas, si cuida de escaibar en ellas, a lo menos de cuando en cuando... Yo, señor, al separarme de V. M. en vísperas de tantas satisfacciones..., a la vista de tantos peligros, sólo una cosa le deseo, que pedirá a Dios diariamente con toda mi alma... Que siempre AHONDE V. M. a tiempo... Que nunca descifre alguna verdad DEMASIADO TARDE...